

crítica



Cine

56 *Páginas del diario de Mauricio*, largometraje de Manuel Pérez

Libros

58 *El estudiante del infierno*, de Charles Bukowski (selección, traducción y prólogo de Víctor Fowler)

59 *Hay muchos modos de jugar*, compilación poética de Luis Rogelio Nogueras

Plástica

60 XVI Salón de la Ciudad

60 *Asís La Habana*, muestra de Angel Ramírez

Teatro

62 *Delirio habanero*, puesta de Teatro de la Luna

62 *Chamaco*, pieza de Abel González Melo, por Argos Teatro

Cine

Páginas sumarias de un diario colectivo

Las *Páginas del diario de Mauricio* (Manuel Pérez, 2006) se afilian a cierto tipo de obras culturales con la virtud del prontuario, de compendiar la vida de mucha gente. Todos somos o hemos sido un poco Mauricio. El filme alcanza a expresar la desazón y la pertenencia de, cuando menos, una generación de cubanos que no por sostener una postura crítica frente a la realidad, ha podido ni querido renunciar a este proyecto de nación y de cultura. Yo diría más: no se trata sólo de la gente que cumple ahora mismo sesenta años y siente que la capitulación puede significar la negación de toda una vida de entrega, sino también de los que cumplen cincuenta, y hasta de los que en este minuto llegamos a los cuarenta. Nosotros quizá lo decimos de una manera más "blanda": resulta punto menos que imposible el prescindir de un mundo de emociones seguramente ligado a estas calles, a este vapor, a la respiración de la Isla, al legado de este arte. Línea dura o más blanda, está claro que la pertenencia no es un artificio inventado para sobrevivir. *Páginas del diario de Mauricio* es una parábola sobre la

consecuencia, y en dicho sentido alcanza a trasuntar el espíritu y el credo de mucha gente.

No obstante, su primer pecado reside en la simplificación, cuando estaba abocada a un mundo de complejidad. Su segmento más impugnado sobreviene con el final, cuando la película se decide minutos y minutos a contrastar de forma esquemática dos actitudes ante la vida: la frivolidad de los que se van, acostumbrados a vivir en el ladrillo de su egoísmo, preocupados por cremas y tintes; y el vasto mundo interior de los que prefieren permanecer, capaces de ser felices en la medida en que resuelven, justamente, la consecuencia. El contraste maniqueo se hace gráfico en el intercambio de olvidos entre Mauricio (Rolando Brito) y su hija (interpretada con frivolidad adicional por la actriz Yipsia Torres): la chica olvida dejarle la crema para las arrugas y el tinte para el cabello; en lo que Mauricio no recuerda dejarle la banderita cubana y el mapa de Cuba que pretendía hacer llegar a su nieta. Un mundo de cosmética y un mundo de reciedumbre ética, donde las manchas están en el rostro pero no en la mente. Un cierto

simbolismo de evidencias (¿vale la dicotomía?) decide que, además, Mauricio se acerque a Lucía (Solange Ramón), la chica que permanece, mientras ven un partido de volibol entre Cuba y Rusia, país este último que ha marcado el desprendimiento de la Otra. Ojalá. Ojalá Dios mío la vida fuera eso; un contrapunto fácil de actitudes y reacciones lineales. Todo el fragmento postrero de la película deviene una inconsecuencia con respecto del intento sumamente valioso de entender la complejidad con que el mundo se hace sobre nosotros.

No menos simple resulta la primera revelación, en imágenes de ficción, acerca de las manifestaciones callejeras de agosto del 94. Era hora de que el cine cubano, como lo han conseguido la plástica y la literatura, expresara los surcos y momentos menos amables de lo que ha venido siendo nuestra vida en los últimos lustros. En esa revelación hay una enorme muestra de responsabilidad social y artística, de convicción valiente y sincera. Pero lamentablemente el narrador se explica aquella difícil coyuntura sólo a tenor de una de las evidencias: "el estímulo de los Estados Unidos a emigrar de

cualquier forma y a cualquier precio". Ciertamente, en la política del doblez y la manipulación alrededor del tema migratorio se ubica una de las razones vergonzantes de la incertidumbre que reinó entonces. Pero no fue ni es la única. Muchas veces la película suscita la impresión de meterse en camisa de once varas, para terminar ofreciendo soluciones lineales a procesos mucho más complicados y facetados.

Sin embargo, en términos dramaturgicos, el recorrido del protagonista queda bien diseñado. Mauricio viaja de la vaguedad a la convicción, del desconcierto a la consecuencia, y ese trayecto está muy bien ideado. Durante los primeros minutos del filme, en realidad a lo largo de toda su primera hora, nos sorprendemos preguntándonos cuál es el conflicto real del personaje. En su primer tiempo la película despierta la sensación de un manojo de apuntes sociológicos bastante inconexos, de un cine político a retazos, donde el eje que debiera suponer el protagonista se contenta con una actitud expectante y remisa. Pero esa vaguedad era completamente necesaria para expresar el tránsito de la indefensión a la toma de partido, de la mirada perdida a la opción de pertenecer y perseverar. La vaguedad expresa el beneficio de la duda que se ha reservado Mauricio, al cabo del cual resulta entonces más convincente la determinación y el arrojo de su conducta. Pudiera parecer un defecto, pero funciona como un efecto estético. Otro valor de la articulación del relato se localiza en la progresión de las relaciones entre los personajes; en especial, el dueto Mauricio-Lucía queda convincentemente desplegado, desde la incompreensión y la distancia hasta el acercamiento y la identificación.

Se ha dicho que *Páginas del diario...* hubiera podido ser la *Memorias del subdesarrollo* de los 2000. La voz en *off* que discursa en un tono casi teleológico sobre el destino de la insula recuerda, obviamente, al Sergio de *Memorias...* Pero dos manquedades del actual filme lo alejan del mito: la inferior calidad de la escritura, y la estrechez de la experiencia estética que como producto audiovisual debieron suponer estas *Páginas...* más cuanto que han transcurrido cuarenta años. No se trata solamente de discursar con pretensiones totales, sino de hacerlo con calidad literaria y filosófica. La película de Manuel Pérez padece un defecto común en los cines argentino y cubano de los últimos decenios: habla más de las ideas que de la vida, y en tal sentido se resiente la ficción, la elaboración del mundo posible que debe revestir toda fábula. La hija de Mauricio le dicta que "crees en lo que dices y en lo que haces". ¿Y por qué no podíamos descubrir nosotros, los espectadores, esa

cualidad de Mauricio? Guillermo, el amigo, sentencia: "Reaprendemos a vivir". ¿Por qué no podíamos inferir dicha postura del actuar de los personajes, y no de su dudosa tendencia a lo discursivo? El afán de masticarle todo al espectador le reserva a la recepción un sentido pasivo, de mera conclusión de la didáctica, que no favorece a un filme que desea hacer pensar y mover reflexiones.

Por otro lado la calidad literaria de varios diálogos es muy cuestionable. En los momentos en que el filme decide remontar la lírica, se vuelve francamente imposible: "Aquel atardecer fue mágico". Un poco de intimidad y de sentimiento venía bien a una pieza que discute todo el tiempo las ideas y las actitudes expresas, pero no así; no de este modo. No se explica que la calidez tenga que pretenderse desde los detenimientos melodramáticos del argumento, con no pocos subrayados emocionales a situaciones que pudieron concebirse con otra austeridad. Ejemplos: la desmesura del llanto en la escena que sucede al robo en casa de Bobby; o la patética -a fuerza de prolongada innecesariamente- escena en el aeropuerto, cuando los personajes conocen que la hija de Mauricio se ha "quedado". En unos años en que irse o mantenerse son actitudes comunes, de todos los días, ese tremendismo de la sorpresa parece un conflicto desfasado. Estos deslices telenoveleros debieron conocer la valía de la introspección y la elipsis, antes que el histrionismo cacofónico. Claro, cacofonía no hay sólo a propósito de los sentimientos, sino también de las imágenes que potencian ideas; recuérdese el plano infeliz en que Mauricio yuxtapone dos fotos de su hija: la una en su *look* actual de "chica quedada", un poco insensible, y la otra, de pequeña, vestida de pionera.

Hablando de las imágenes, si *Páginas del diario...* hubiera apostado a una estética menos estática, menos vieja, menos televisiva, hoy tendríamos otra cosa. Pero bien, dediquémonos a lo que tenemos: una puesta eminentemente discursiva, frontal, donde la cámara puede persistir minutos y minutos en la misma definición de cuadro visual, sin intentar siquiera adentrarse en el drama. Ejemplos: la conversación de Elena (Larisa Vega) y Mauricio en el restaurante; la tensa conversación, durante la fiesta, de las parejas que conforman Mauricio y Mirta (Blanca Rosa Blanco), y Bobby (Patricio Wood) y su nueva conquista (Gilda Bello); la conversación de Mauricio y Mirta, en casa, cuando la segunda comienza a sentirse insoportablemente mal (Nótese que siempre hablamos de "la conversación"). La fotografía no únicamente resulta inexpresiva, sino que le falta oficio en rubros tan básicos como la definición del foco

y el macheo lumínico.

Tampoco la dirección de arte contribuye mucho: salvo en algunas escenas donde los fondos incorporan sentido (durante la riña de Guillermo a horas de ser suplantado de su cargo, veremos detrás un cartel que reza: "Garantizar el relevo"), la ambientación es pobre en la oficina, en las casas, etc. La puesta insiste demasiado en el método de comenzar la escena en *off* para terminarla en *on*. Ejemplos: la filmación del diálogo al interior del auto cuando llega la hija de Mauricio, o la escena en ángulo alto rodada en la Ciudad Deportiva. Por no aludir a las pifias elementales que suelen frecuentar al cine cubano en términos de la verosimilitud de la representación; del tipo Elena duerme, y cuando se despierta porque suena el teléfono, reluce un peinado perfecto que la hace parecer una santa. Morfeo se cuidó lo justo para no enredarse en el terso cabello de Larisa.

El montaje se resiente siempre que no sugiere síntesis a la desmesura discursiva, pero luego por todo lo contrario: porque arranca la imagen a los personajes cuando todavía están desgranando parlamentos determinantes en relación con la parábola de significado de la película. El ejemplo crucial: cuando Mirta dice que "a veces uno está más preparado para enfrentar la muerte que la realidad", el corte inoportuno a mitad de frase se lo siente el espectador en el estómago, francamente.

A propósito de la Mirta de Blanca Rosa Blanco, en el rubro donde sí hay que felicitar, y henchidos de entusiasmo, a Manuel Pérez, es en el relativo a la dirección de actores. Un reparto tan parejo, en el que los jóvenes y los secundarios resultan al nivel de los protagónicos y experimentados, deja ver el rigor con que Pérez exigió de sus actores intensidad con sobriedad. Ahí está la médula del éxito de casi todas las interpretaciones en esta película: hondura sin los subrayados que sí padecen los textos. Blanca Rosa Blanco es el caso más ilustrativo. Una actriz que despista a algunos, en virtud de su gracia, su hermosura y su sensualidad, verdaderos trofeos para la cámara. Quizá por ello algunos la usan de la manera más epidérmica. Pero Manuel Pérez la empleó a fondo, y el resultado: una actuación extraordinaria, plena de consistencia emocional sin afeites, sin excesos. Ciertamente que Blanca Rosa tiene consigo al personaje más redondo del filme, al mejor escrito, pero de todos modos la interpretación misma es de película. La escena en que Mirta y Mauricio se hallan en la terraza o el balcón de la casa, les queda genial a ambos. Cuando Blanca dice "Tengo miedo de que no vaya a escampar nunca", o "Tienes razón. Yo no tengo arreglo"; o todavía, ya fuera de aquella escena, cuando ante las

palabras de Mauricio acerca de que "Todos hemos cambiado", ella responde que "Sí, claro. Pero algunos más que otros", advertimos lo que viene a ser una actriz madura, en plena capacidad histriónica, sin superfluidades ni aditamentos, que construye gestualmente su personaje con sutilezas (la ansiedad de los pies para expresar la crisis afectiva, al sentirse desairada por su hija, que le ha ocultado la inminente partida del padre).

También es claro que esta película hubiera sido otra cosa sin Rolando Brito, sin su profundidad contenida, sin su organicidad a prueba de balas, sin la emoción escalofriante de sus ojos cuando acepta que "Soy feliz. Sobre todo porque pienso que he sido consecuente conmigo mismo". Efectivamente, había que irlo a buscar a México, o al fin del mundo. Solange Ramón significa, al tiempo, una revelación impresionante. Aunque, actriz muy joven, le falta tiempo en algunas de las transiciones, la muchacha resulta un explosivo de sensaciones y sentimientos, expresados con limpieza y con fervor. Momentos de elevadísimo nivel actoral acontecen en las escenas en que Lucía va por las fotos de su infancia para regalárselas al padre que se marcha, o la contienda entre Bobby y Mauricio en el hospital. Además, todos estos intérpretes son secundados por otras actuaciones de lujo: Aseneth Rodríguez y Carlos Enrique Almirante están brillantes en sus apariciones.

Si Manuel Pérez tratara toda la puesta en escena como dirige a los actores, hoy apenas tendríamos que lamentar el embarazo de los textos. Pero, ciertamente, demasiados problemas de todo tipo me impiden admitir que estamos ante una buena película. Sin embargo, aunque parezca una paradoja, estamos frente a una película importante. Por dos razones como templos: recupera al cine cubano del folclorismo y la sandunga que se aproxima a lo cubano desde la frivolidad del aparente color tropical. En este sentido, *Páginas del diario de Mauricio* no será una buena película, pero es una película seria, que pretende un cine maduro y responsable, interesado en apresar y expresar cuestiones menos coyunturales o prescindibles. Y de otra parte, es una película honesta. Tiene mil accidentes en el camino de su plasmación, pero suda honestidad. Y la honestidad, lo mismo en la vida que en el arte, vale mucho. Es muy posible que en los próximos empeños Manuel Pérez consiga insuflar a la factura de sus trabajos la limpieza que denotan la consecuencia y la sinceridad de éste, su diario colectivo e íntimo.

Rufo Caballero

(Cárdenas, 1966).

Crítico de arte y de medios audiovisuales.